

La Ilíada y su legado educativo¹

Marta Cecilia Palacio Arteaga²
Universidad de Antioquia

Resumen

El texto en cuestión y en versión bilingüe de Javier Francisco Pérez, tiene como propósito ilustrar a través de la *Ilíada* la incidencia que tienen las pasiones, en palabras del padre de los poetas, Homero; o las pulsiones, en términos del padre del psicoanálisis, Sigmund Freud, en el ser humano y en la praxis educativa. A tal fin, por medio de la interlocución de disciplinas como la literatura, la pedagogía y el psicoanálisis, analiza cómo el arte de educar es un quehacer que tiene que ver con lo imposible o lo real que habita el ser del maestro y del discípulo. De acá, precisamente, que el quehacer pedagógico tenga como función, amén de la trasmisión de un saber decantado de generación en generación, disciplinar y pacificar pasiones o impulsos que habitan la casa interna del ser humano.

Palabras Claves: Guerra de Troya, Aquiles, cólera, pasiones, pulsión, acto educativo, maestro, razón, sublimación, cultura.

The Iliade and its educative inheritance

Abstract

The article we are talking about, is to show, through The Iliade, bilingual version from Javier Francisco Perez, how the passions, according with Homer, the father of the poets, or the pulsions,

-
1. El artículo así titulado se fundamenta en la reflexión teórica sobre el poema épico *La Ilíada*, a la luz de disciplinas como el psicoanálisis y la pedagogía; amén de la experiencia educativa que acompaña el trasegar de la autora. En suma, no está apuntalado en investigación alguna.
 2. Formación Académica: Psicoanalista. Licenciada en Educación Preescolar y Magister en Orientación y Consejería, Facultad de Educación, Universidad de Antioquia. Profesora ocasional de medio tiempo y tiempo completo, Facultad de Educación; actualmente profesora de cátedra del Departamento de Pedagogía, Educación Infantil; coordinadora: colectivo: *Ética y educación política* de la misma universidad. Correo electrónico: mceciliapa@yahoo.com.co

following the father of the psicoanalysis, Sigmund Freud, modify the human being and the educative praxis. For that reason, paying attention the interlocution of disciplines such as literature, pedagogy and psychoanalysis, it is possible to analyze how the art of education is a labour connected with the impossible or real that exists inside the teacher and the pupil.

According with this important point of view, the pedagogic work has as one of the most important functions, not only to transmit the human knowledge from different generations, but also the discipline of passions and pulsions which are inside the human being.

Keywords: Trojan War, Achilles, cholera, passions, drive, educational act, teacher, Reason, sublimation, culture.

Al pueblo griego:
Mi testimonio de gratitud por el saber
donado a la humanidad que, sin lugar
duda, la acompañará innúmeras vigili-

Si bien el propósito que suscita la escritura de estas líneas es mostrar la función educadora que a través de la figura del héroe trágico Aquiles subyace en el poema épico la *Iliada*, también es cierto que ello amerita realizar una breve narración histórica del conflicto bélico en el que fue destruida la antigua ciudad de Príamo.

En su poema épico la *Iliada* el gran poeta griego, que la tradición nombra Homero, a quien le fuera vedado disfrutar de la belleza de la forma y el color que brinda el universo, narra la Guerra de Troya acaecida históricamente en los siglos XIII ó XII a.C. Históricamente la guerra de Troya se conoce como el conflicto bélico en el que se enfrentó una coalición de ejércitos aqueos contra la fortaleza de Troya o *Ilio*, siguiendo la tradición homérica y sus aliados. La invasión aquea tenía como propósito castigar a los troyanos por el rapto de Helena, llevado a cabo por el príncipe París, hijo de Príamo, rey de la villa de *Ilio*, rica en oro y bronce.

Helena era la esposa de Menelao, rey de Esparta, también conocida como Lacedemonia, quien era hermano de Agamenón, rey de una de las civilizaciones más prósperas de la Edad del Bronce de la Antigua Grecia: Micenas. La causa que lleva al héroe de los dárdanos, Aquiles, a luchar contra la civilización troyana es la defensa del honor de Menelao y Agamenón; al respecto, el padre de los poetas, Homero, expresa: «A ti te seguimos, gran sinvergüenza, para darte contento y para luchar por la honra de Menelao y la tuya» (Pérez, .F.J., 2012, p.183).

Si se tiene en cuenta la ubicación geográfica de la rica fortaleza troyana, bien cabría decir que el verdadero motivo del conflicto bélico debió ser más psicoico.

Troya, tal como revelan diversos trabajos arqueológicos realizados desde 1870 hasta el año 2000, en palabras de Francisco Javier Pérez, estaba situada cerca del estrecho de los Dardanelos, al noroeste de la península de Anatolia, actual Turquía. Posición estratégica que le permitía comunicarse con el Mar del Mediterráneo, el Mar Negro y las Costas Asia Menor, además de tener intensas relaciones comerciales con pueblos vecinos, como los del oriente próximo, lo cual la hacía en el campo comercial una fuerte competidora de la civilización micénica.

Aunque en el acaecer histórico siempre que se piensa en el poema la *Iliada* se hace referencia a las hazañas de *Ilio*, se da por hecho que su tema central es la guerra de Troya o que es una Aquileida, es decir, un relato sobre las hazañas del héroe griego Aquiles. No obstante, si se sigue paso a paso la lectura y análisis del poema la *Iliada*, se devela la maestría del gran poeta Homero al mostrar al lector cómo la conquista de Troya fue solo pretexto para crear un nuevo poema alusivo al poder que tienen las pasiones humanas, específicamente la cólera y el deseo de venganza de Aquiles.

En este punto cabe señalar que en la antigüedad era común que los ejércitos en campaña recurrieran, como forma de aprovisionarse, al saqueo de las ciudades vecinas. Así, los aqueos, que hacía diez años tenían sitiada la ciudad de Troya, se ven en la necesidad de aprovisionarse mediante el saqueo de la ciudad de Tebas. Tras saquear la ciudad, Agamenón, jefe supremo del ejército sitiador, recibe como botín de guerra a Criseida, hija del sacerdote de Apolo, Crises. Días más

tarde, el anciano sacerdote se presenta en el campamento aqueo con espléndidos dones para rescatar a su hija, pero Agamenón, en un acto de soberbia y falta de respeto con el anciano, no solo se niega a devolver a la muchacha a su padre sino que lo amenaza, despreciando su edad y su condición. «A ella no voy a soltarla, expresa Agamenón a Crises, antes la vejez ha de llegarle en mi casa, en Argos, lejos de su patria, aplicada al telar y compartiendo mi lecho» (*Ibidem*, p.177).

Entonces, Crises, sacerdote de la ciudad de Tebas, ante la impotencia de recuperar a su hija, suplica a Apolo que castigue a los aqueos. El dios enfurecido por la soberbia de Agamenón envía por medio de sus flechas, durante nueve días, una peste al campamento argivo que provoca la muerte de un gran número de animales y personas.

Al décimo día, Aquiles convoca una asamblea para indagar el origen de la peste, que será revelado por Calcante Testórida, el más grande de los adivinos del pueblo aqueo, conocedor del pasado y el futuro; de acá que el poeta Homero lo nombrará, en homenaje a su sabiduría, *el inspirado*. Al ser revelado el motivo de la peste que azota a los aqueos, Agamenón insulta primero al adivino y luego se enfrenta a Aquiles, quien al escuchar las palabras de Calcante estuvo a punto de agredirlo con la espada.

Por fin, el poderoso Agamenón en un intento por salvar el ejército de la furia de Apolo accede a entregar a Criseida, pero a cambio, y para no quedar sin recompensa, hecho que según la tradición antigua se constituía en motivo de vergüenza, más aun tratándose del rey, exige que le sea entregado otro don. Así, en otro acto de soberbia y abuso del poder, Agamenón, a pesar de reconocer que Aquiles, el de ágiles pies, además de soportar todo el peso de la guerra, siempre en el reparto de premios obtenía un don menor al conquistado por sí mismo, se apodera del botín de aquél: su esclava Briseida, a quien Aquiles apresara tras arrasar la ciudad griega de Limeso, situada en la fértil llanura de Tebas.

Pasión colérica, que tal como lo expresa el poeta al comienzo de la epopeya, además de marcar el verdadero inicio de la acción del poema épico, es una pasión productora de muerte:

*«Canta diosa, del Pelida Aquiles la cólera
Mortífera, que mil dolores impuso a los aqueos
Y arrojó al Hades innumeradas almas excelsas
De héroes, y los convertía en presa de perros
Y pasto de aves (...)*

*Desde que por primera vez se separaron riñendo
El divino Aquiles y el Atrida señor de guerreros».*
(*Ibidem*, p.175).

El divino Aquiles, esclavo de las aguas tormentosas de la cólera, en un intento por restituir el honor perdido, cuyo agravio clama a su madre la diosa Tetis sea vengado por los dioses, decide abandonar el campo de batalla. Acto que cifra el sino de su propia desgracia y la de su pueblo, en especial la de su amado Patroclo. Sordo a la voz de la razón y el entendimiento, Aquiles se niega a escuchar la exhortación de la diosa Palas Atenea, quien, tras las innumeradas derrotas sufridas por los aqueos a manos del belicoso Héctor, ha tomando como paradigma la cólera de Meleagro y actúa bajo la representación simbólica de su maestro el viejo Fénix; por ello lo convoca a refrenar su cólera y a calmar su ánimo.

En la tradición griega el principal mito con el que se asocia a Meleagro es aquel que hace alusión a la cacería del feroz jabalí de blancos colmillos, enviado por la diosa Artemisa contra la viña de los etolios como castigo por el olvido de su rey Eneo al no haberle ofrecido sacrificios.

Tras reunir gran cantidad de cazadores y perros, pues con pocos hombres no lo habría conseguido, Meleagro, hijo de Eneo, logra darle muerte. Pero la diosa Artemisa, que no cejaba en su encono contra los etolios, provoca gran pelea entre estos y los curetes, pueblo que al igual que los etolios había participado en la cacería por la posesión de los despojos del jabalí como trofeo. Así fue como los etolios con su belicoso Meleagro pudieron defenderse de los curetes, a pesar de su número considerable, hasta que este matara a su tío materno, que era curete. Acto que hace que Altea, su madre, lo maldiga.

Entonces, Meleagro invadido por la ira que trastorna el juicio, abandona la batalla y decide quedarse en su casa junto a su bella esposa Cleopatra, hecho que provoca una gran ventaja para los curetes que sitiaron la llanura de la deseable Calidón. Y a pesar de las súplicas y excelsos regalos ofrecidos por los etolios para que regresara a la lucha, el colérico corazón de Meleagro se rehusó. Y solo accedió regresar al combate cuando su esposa le suplicaba y le relataba llorando los estragos que sufren las ciudades y las mujeres que son tomadas como botín de asalto. Solo así su ánimo colérico se conmovió, librando a los etolios de la funesta derrota.

En consecuencia, la diosa Palas Atenea (representada en el viejo Fénix) le expresa a Aquiles, héroe educado para ser hábil de palabra y esforzado en la guerra, que ha de saber ceder a la pasión de la cólera, tal como Meleagro supo seguir el ejemplo de los dioses; dicho esto en palabras de Jacques Lacan, al goce pulsional que sumerge al hombre en el infortunio.

Llegados a este punto es importante analizar el saber inconsciente que a través de las figuras de Aquiles y Agamenón ofrece Homero, denominado con justeza el padre de los poetas, en la comprensión del hecho humano.

Homero a través del héroe trágico Aquiles revela de manera magistral la polaridad que habita la casa interna de todo ser humano: la tendencia a la destrucción y la aniquilación, de un lado; la razón y el entendimiento, de otro. Es decir, la universalmente conocida oposición entre impulso e intelecto que ha desempeñado desde el inicio mismo de la humanidad un lugar relevante. Polaridad que en el poema épico Homero representa simbólicamente a través del dios Ares y la diosa Palas Atenea, hijos de Zeus Cronión, padre de todos los dioses y los hombres.

A tenor de lo dicho y teniendo como marco de referencia las características psicológicas del dios insaciable de la guerra, Ares, la fuerza bruta y la violencia, se puede colegir cómo éstas son un trasunto de la esencia anímica, que según el psicoanálisis, habita todo sujeto: la inclinación a la agresión.

Pasiones, en términos del poeta Homero; tendencias agresivas o pulsión en palabras del padre del psicoanálisis, Sigmund Freud, que, en un primer lugar, pueden conducir al hombre a hacer de sí mismo y del otro un objeto a ser destruido y aniquilado. Tal es la posición que Aquiles asume tras la muerte de su caro amigo Patroclo, y quien ante la inminente pérdida de poder de los argivos que rápidamente los troyanos se han tragado, decide como adalid del ejército de los mirmidones enfrentarse al hijo de Príamo, el valiente Héctor, tras lo cual sus huesos abandonan el alma. Como león enfurecido el héroe griego regresa al campo de batalla a vengar la muerte de su amigo, eligiendo la parca de aciago nombre. El horror atenaza su paso, pues Aquiles, cual dios Ares, sin piedad alguna, decide dar muerte a todo troyano que en el campo de batalla encuentra, especialmente, al hombre que más dolor había ocasionado a su alma, el valiente Héctor, a quien su cólera mortífera persigue más allá de la muerte.

Tal como estaba cifrado en su deseo, de no haber sido por la intervención de los dioses, su cuerpo habría permanecido insepulto a merced de los perros que buscan dónde saciar su hambre. En suma, Aquiles representa la pasión de la cólera y el deseo de venganza que lleva al ser humano a aniquilar al otro, y en algunos casos, el deseo de borrar toda inscripción simbólica que comporta el acto de la sepultura. Desconociendo que el sujeto más allá de su acto debe «mantener el valor único de su ser» (Lacan, 1960, p.335).

En segundo lugar, tal como lo revela el poeta Homero a través del héroe trágico, cuando las pasiones dominan sobre el intelecto dan como fruto la ceguera, inspiradora en los hombres de la locura y las malas decisiones, y que finalmente es la que conduce a Aquiles y al pueblo de los argivos a habitar el orbe de la funesta hija de Zeus, la diosa Ate, campo de la muerte, según el poeta griego Esquilo, coetáneo de Sófocles. Al respecto, el poeta clásico en cuestión, expresa: «Ate, que se posa en la cabeza de los hombres, atrae hacia sus redes al mortal, de donde al hombre nunca le será posible dar un salto y evadirse» (Esquilo, 2009, p.40).

En este sentido es humano reconocer que detrás del intelecto se oculta el deseo de destrucción que puede llevar al hombre al campo de la diosa Ate. Dimensión catastrófica de lo que el hombre mismo puede originar, y la historia de la humanidad evoca en situaciones como las invasiones bárbaras, las incursiones de los hunos, las guerras médicas, del Peloponeso, la guerra de Vietnam, Hiroshima y Nagasaki, el ataque japonés a Pearl Harbour, la Primera y la Segunda Guerra Mundial, y la invasión a Irak; entre otras. Son estas expresiones insoslayables de la presencia de las pasiones o pulsiones en todo lo que concierne a la pregunta por el hombre y que, sin lugar a duda, trazaron los hilos de la producción poética y el decurso existencial del padre de los poetas: Homero.

Homero, cuyo verdadero nombre era Melesígenes, desde temprana edad manifestó su amor por la literatura e interés por recorrer el mundo. En su infancia su educación estuvo a cargo del poeta cuyo nombre los griegos enuncian como Femés. En su adultez decide recorrer el Mar Mediterráneo en compañía de un marino llamado Mentés. Al regresar de este viaje, ambos decidieron visitar la patria legendaria del héroe griego Odiseo, la isla de Ítaca. Infortunadamente, allí adquiere una enfermedad que le afecta la visión y finalmente la pérdida de ésta. Completamente ciego decide continuar su viaje hacia la ciudad de Cime, donde nació

el gran historiador griego Hesiodo. Como adolecía de recursos económicos para vivir, decide ganarse la vida con el arte que las musas le habían inspirado: la poesía. Dado el interés que la ciudad manifestó por su poesía, Melesígenes solicita ser mantenido por ésta a cambio de su don. Pero dicha petición es rechazada por los gobernantes de la ciudad, quienes argumentaron que si la urbe sostenía a todos los *homeros*, según la etimología popular «el que no veía», pues así eran nombrados los ciegos por los cimeos, muy pronto tendrían una ciudad habitada por hombres inútiles. A partir de dicho incidente Melesígenes recibe el nombre de Homero.

Fiel a la tradición que guiaba el destino del pueblo griego, con el fin de rendir homenaje y libaciones a la diosa que regía su trasegar, Palas Atenea, Aquiles decide visitar la ciudad de Atenas. Pero durante el recorrido se enferma, tras lo cual decide quedarse en la isla de *Ios*. Un día, estando cerca de la playa se le aproxima un grupo de jóvenes que conocedores de su sabiduría le proponen el siguiente acertijo: «Dejamos lo que cogimos y llevamos lo que no cogimos» (Pérez, F.J., 2012, p.49). No obstante, Homero, a pesar de: «Haber sido un hombre que había escrito cosas que no pudo entender otro alguno, en un acto de cólera se ahorcó por no haber entendido la adivinanza de los pescadores» (cit. en Borges, J.L., 1996, p.78). Acto que lleva a pensar que Homero sabía del poder que tienen las pasiones en el ser humano, pues en caso contrario sería imposible inventar un poema de la altura espiritual como es el caso de la *Iliada*.

Así fue como Homero al igual que Aquiles se convirtió en un fiel servidor del dios Ares y la diosa Ate. En este sentido cabe señalar que el suicidio y el asesinato son actos que tienen como esencia el goce pulsional o las pasiones que habitan al ser humano.

En lo que hace alusión al rey de los ejércitos, Agamenón, Homero nos muestra cómo este, ejerce el poder desde una posición déspota. Así, Agamenón, abusando de su poder toma el botín de guerra que los aqueos le habían ofrecido a su héroe, Aquiles. En este sentido bien se podría formular la siguiente interpelación: ¿Qué o cuáles son las características que comporta el ejercicio del poder de quien que se ubica en la posición de amo? Etimológicamente el significante *poder* proviene de la voz latina *posere*, es decir, ser capaz de. En este sentido el término en cuestión hace alusión al control o dominio de la que dispone un hombre para llevar a cabo una tarea o propósito, de un

lado, a la imposición de un mandato o autoridad a otro o pueblo, de otra parte. Así pues, bien se puede inferir como el logro de una tarea y el ejercicio del poder a otro o pueblo, tiene como condición insoslayable, el ejercicio de una fuerza o energía.

Así pues, tanto el logro de una tarea o propósito como el ejercicio del poder o autoridad que un hombre ejerce sobre otro o un pueblo, supone, de manera insoslayable, que en quien ejerce el poder o el mandato, Agamenón en este caso, el goce pulsional o las pasiones, se encuentren a cielo abierto.

El poder que toma el botín de guerra que los aqueos le habían ofrecido a su héroe Aquiles, no puede impedir que el héroe griego abandone la empresa «por la que vino sólo por restituir el honor de Menelao y Agamenón» (Pérez, F.J., 2012, p.181).

En este sentido cabe señalar como el goce del gobernante tirano se cifra en el exceso. ¿Exceso de qué?, bien podría interpelar el lector. Simple y llanamente de un exceso de pasión o un más de goce pulsional, la arrogancia en el ejercicio del poder, que lleva al hombre, Agamenón, para el caso en cuestión, a ir más allá del límite que supone el ejercicio de la autoridad. En este sentido, bien se podría decir que el ejercicio del poder, es el ejercicio de una fuerza o energía.

Ahora bien, llegados a este punto bien podríamos formular la siguiente interpelación: ¿Qué o cuáles son los aportes que ofrece la posición asumida por el rey Agamenón, frente al ejercicio del poder, déspota, en cuanto a la pregunta por el acto educativo?

El poder hace alusión al ejercicio de la autoridad. La política también. El amo ejerce el poder desde el lugar de la desmesura

Retomemos entonces la interpelación que suscitó la escritura de estas líneas: ¿Cuál es el legado educativo que ofrece la *Iliada* a todos aquellos sujetos que desde su deseo se representan por el significante *maestro*?

Como es sabido el arte de educar tiene entre sus propósitos fundamentales, amén de la transmisión de unos conocimientos decantados de generación en generación, disciplinar. En este sentido la disciplina tiene como fin, vía el lenguaje encarnado en el otro, transmitir al recién llegado al grupo las normas, costumbres y valores propios de la cultura. Proceso que

se realiza fundamentalmente a través de la familia y la escuela. Instancias simbólicas que suponen una trama de relaciones con otros seres humanos.

En particular, quienes ejercen la función paterna en la familia, son los encargados de enseñarle al niño el control de sus pulsiones corporales: comer, dormir, controlar las heces, bañarse, vestirse, caminar, correr, aprender a utilizar los sentidos, reconocer cuáles son las actitudes y comportamientos que socialmente se sancionan como moralmente buenas o malas.

En este sentido, alcanzar a ser humano no es un proceso natural que pueda llevarse a cabo en soledad; es una experiencia subjetiva que demanda la presencia de un Otro que, además de borrar la ignorancia amnésica con la que se viene al mundo, represente la autoridad.

En suma, para que la cría del hombre se humanice requiere del arte de la educación o de la pedagogía, y ello solo se logra vía la disciplina, encarnada por el Otro. De no ser así, tal como la historia lo narra en el caso del Niño Salvaje de Aveyron, el hombre quedaría a merced del reino de la barbarie; en otras palabras, al libre albedrío de sus pasiones o del goce pulsional.

En lo alusivo a la segunda instancia socializadora, la escuela, se tiene que esta, al igual que la familia, supone la experiencia subjetiva de un lazo social al Otro, representado por el maestro que en tanto sucedáneo del padre tiene a cargo, además de la tarea de transmitir los contenidos de la cultura, representar la autoridad; en otras palabras, enunciar el límite y la norma cuando las pulsiones o impulsos, que escapan a la simbolización, hacen presencia viva en el acto educativo, en el vínculo que se establece entre maestro y educando, educando y maestro; finalmente, discípulo y condiscípulo.

A guisa de ejemplo está el caso acontecido en nuestra ciudad de un maestro que frente a la conducta contestaría de su educando, movido por la pasión de la furia mordaz, cierra su boca con cinta para que así aprenda a guardar silencio. O bien, aquel acto en el que un niño tras discutir con su compañero le entierra un lápiz en el ojo, causándole la muerte. Finalmente, el acto en el cual un niño, movido por la pasión de la ignorancia, rechifla a su maestra, durante toda la clase.

En este sentido cabe concluir, en primer lugar, que cuando «la diosa Ate posa sus delicados pies en la cabeza de los hombres» (Platón, 1997, p.232) éste

se convierte en un sujeto acéfalo, es decir, pierde la capacidad de intelección y razonamiento, quedando a merced de sus impulsos más crueles y destructivos; de acá que el acto, para nuestro caso la agresión que toma como objeto al propio yo, tal como sucedió a Homero; o bien al Otro, para el caso el héroe griego Aquiles, se le impone al sujeto. En suma, en palabras de los griegos se diría que el corazón del acto es el dios Ares, arrasa–mortales.

En segundo lugar, partiendo del presupuesto de que las pulsiones son impulsos que están presentes desde que el hombre nace hasta que muere, estas trascienden el tiempo, la edad o las modificaciones del cuerpo, es decir, son tras–históricas en tanto constituyen la esencia que rige la vida anímica.

Finalmente, la *Iliada* de manera magistral muestra que oficios como el arte de gobernar y educar son praxis que tratan con lo imposible, con el goce pulsional.

En este sentido, cuando en el ámbito universitario se afirma que el maestro se define por ser un sujeto político, con ello se está expresando que el quehacer pedagógico está en correlación directa con el ejercicio del poder o autoridad. Y ello, porque la ciencia de la política, tal como la definieron pensadores como Aristóteles, se funda en el ejercicio del poder o autoridad como cualificación decisiva. Siguiendo el pensamiento del filósofo de Estagira el hombre es por naturaleza un animal político, *zoon politikón*, en otras palabras, es condición connatural al hombre el ejercicio de la política o el poder. Así pues, el arte de la política, es una actividad en la cual está inmerso todo ser humano.

Política o poder, que, según el rey de los aqueos, Agamenón, para nuestro caso, el maestro puede ejercer desde el lugar del tirano–déspota que no es más que decir la autoridad basada en el libre ejercicio de los impulsos o pasiones. Dicho de otro modo, cuando aquel que se hace delegatario de un saber transmitido de generación en generación se ubica en el lugar del amo, el goce esta a cielo abierto.

Como hipótesis de trabajo diría que el arte de enseñar requiere como condición insoslayable un maestro que haya dado, al menos, una vuelta al campo de lo real o por las pasiones que habitan su ser. Cuando el maestro está anoticiado de su goce pulsional y ha construido vías sublimatorias, a saber, el arte, la música, la literatura, el deporte, el amor por el trabajo, el saber y la escritura, entre otras, podrá, a su vez, acom-

pañar a sus educandos en la construcción de alternativas civilizadoras que les permitan aprender qué hacer con el campo de las pasiones. En otras palabras, es el reconocimiento del goce pulsional lo que va a permitir transformar, de manera profunda, los diversos vínculos que se establecen en el campo de lo social. Tal vez, de este modo se lograría alcanzar el sueño de un país donde el otro y lo otro tuvieran lugar.

Referencias bibliográficas

BORGES, JORGE LUIS. (1996). Otras Inquisiciones. En R. Costa e I. Zángara (eds.), *Obras completas*. Vol.2 (pp.11–153). España: Emecé Editores.

ESQUILO. (2009). Los Siete Contra Tebas. En J. Alcina (ed.), *Tragedias completas* (pp. 103–154). Madrid: Cátedra. Letras Universales.

FREUD, SIGMUND. (1979). El Malestar en la Cultura. En J.L. Echeverri y J. Strachey (eds.), *Obras completas*, Vol. 21 (pp. 59–140). Buenos Aires: Amorrortú.

_____ (1979). ¿Por qué la guerra? En J.L. Echeverry y J. Strachey (eds.), *Obras completas*, Vol. 22 (pp. 179–198). Buenos Aires: Amorrortú.

LACAN, JACQUES. (1960). *Seminario VII: La ética del psicoanálisis*. J. Gránica (trad.). Barcelona: Paidós.

PÉREZ, FRANCISCO JAVIER (ed.). (2012). *Ilíada*. Edición Bilingüe. Madrid: Abada.

PLATÓN. (1997). El Banquete. En Sánchez Pacheco (ed.), *Diálogos*, Vol.3 (pp. 145–287). Madrid: Gredos Editores.



FACULTAD DE EDUCACIÓN

Artículo recibido: 5 de mayo de 2015. Aprobado: 21 de octubre de 2016